

xiones hay entre ellos y cómo evolucionan. Al hacerlo se pone en claro el funcionamiento del lenguaje y se evitan malentendidos. Es ilustrativo a este respecto, el parágrafo 78 de las *Investigaciones*. Al referirse a las relaciones entre «saber» y «decir» expone que se puede saber y también decir —expresar lingüísticamente— cuántos metros de altura tiene un determinado monte; es decir, desde la geografía. En cambio, es comprensible que se sepa cómo suena un clarinete pero que sea arduo decirlo, expresarlo.

D.3: El ejemplo que acabo de presentar es válido también para presentar una de las principales causas de error. A saber, la tendencia a considerar las palabras en función de su modo de uso en la construcción de la proposición. Es decir, de lo que Wittgenstein denomina la «gramática superficial» (IF, # 664). La parte de su uso, añade, que se puede percibir por el oído. Añadamos otros ejemplos de 1931: la apariencia de que el verbo «ser» funciona del mismo modo que otros como «comer» y «beber»; la existencia de expresiones que se refieren a un «flujo temporal», a la «expansión del espacio» o a los «límites del entendimiento humano»; o de adjetivos —que por supuesto Wittgenstein también usa— como «verdadero», «falso», «posible»... En este sentido, sigue escribiendo en la fecha citada, el lenguaje —que gramaticalmente ha permanecido siempre idéntico a sí mismo— ha emboscado a los hombres en multitud de trampas. (¿Puede decirse todavía que el lenguaje está en orden tal como está?). Ha trazado una «inmensa red de caminos equivocados transitables» (Observaciones, pg, 41) («ungeheure Netz gut gangbarer Irrwege») («Vermischte Bemerkungen», 41). Y continúa: la tarea filosófica, aparentemente modesta, consiste en señalar todos los lugares de los que parten caminos equivocados. De aquí surge, la obsesiva preocupación wittgensteiniana por disolver falsos problemas filosóficos pues el juego de lenguaje filosófico es, a su juicio, especialmente proclive a caer en las trampas tendidas por el lenguaje. Y ello por una razón aparentemente fútil: la vanidad de aspirar a lo alto, a lo infinito, a la trascendencia, la ilusión de profundidad a que conducen las malinterpretaciones lingüísticas (I.F, # 111); es decir, la tendencia a hacer un uso metafísico del lenguaje<sup>4</sup>. En mi opinión, la gran sutileza, tal como lo expone Wittgenstein, de los errores a los que nos induce el lenguaje es que esos caminos equivocados —sean errores esporádicos o sean juegos de lenguaje propiamente dichos con sus peculiares organi-

<sup>4</sup> Por eso —y empleando el término «nosotros» como si efectivamente se reconociera como una forma de hacer filosofía compartida por diversos miembros—, Wittgenstein recomienda reconducir las palabras de su uso metafísico a su uso cotidiano (I.F. # 116).

zaciones internas y reglamentaciones tácitas o no— son «transitables» lo cual está vinculado probablemente a esa forma de confusión citada (*B*) que consiste en encerrarse dentro de una misma perspectiva.

D.4: El último motivo que quiero presentar como causa de error derivado del uso del lenguaje y, al tiempo, habitual en el comportamiento filosófico enlaza con una posición wittgensteiniana que presenté al comienzo de este artículo: la tentación de dejarse llevar por un ideal de unidad y el rechazo de la pluralidad. Desde luego, la crítica ya aludida al *Tractatus* está aquí presente. Pero sobre todo creo que Wittgenstein quería reivindicar la plausibilidad y riqueza potencial de juegos de lenguaje distintos al científico como los de la vida moral, el arte, la religión, la filosofía no metafísica, los propios de la vida cotidiana... Para ello ha de corregir una tendencia habitual en el pensamiento filosófico y científico: la de perseguir un único ideal de precisión, y la exactitud. La humildad de prestar atención al lenguaje cotidiano para aprender de él resulta en este punto fundamental. El entendimiento filosófico tiende a extraviarse en la búsqueda de lo trascendente y de lo profundo; se deja llevar por la tendencia a considerar los ideales como inalterables (I.F, # 103). Por su parte, el juego de lenguaje científico busca la exactitud. La consecuencia lingüística de ello es la conversión en prejuicio de la consideración de que las reglas y las oraciones —en cualquier juego de lenguaje— deben tener un sentido rígidamente definido. Por el contrario, si observamos lo que ocurre en los juegos de lenguaje cotidianos comprobamos a menudo —el caso del lenguaje artístico en sentido amplio es paradigmático— que los límites de las oraciones son borrosos (I.F, # 99). En buena parte, porque las palabras no tienen un único significado sino una familia de significados ( I.F # 77). Las reglas de un determinado juego pueden ser efectivas, prácticas, aunque no sean fijas y unívocas. Inexacto, aclara, no significa inusable (I.F, # 88). Es más, las reglas de los juegos de lenguaje surgen y se modifican con frecuencia sobre la marcha.

Un caso particular al respecto es el del lenguaje estético y, en general, el fenómeno de la innovación radical ya sea artística, científica, filosófica... Así ocurre en Shakespeare, cuyos dramas son capaces de crear su propio lenguaje y su propio mundo, sus propias reglas. La impresión que nos causan deriva de que se comportan como un sueño, «completamente incorrecto, absurdo, complejo y, sin embargo, completamente correcto» (Observaciones, pg, 146). Un juego de lenguaje exacto en su inexactitud. En sentido análogo, y en una anotación de 1930 sobre al teatro, Wittgenstein apunta como rasgo peculiar de este

juego de lenguaje la perspectiva que aporta, en cierto modo inquietante y maravillosa, de presentar la vida misma. El genio –por ejemplo, el de Shakespeare al que asemeja con un fenómeno de la naturaleza– desarrolla este talento para presentar la realidad desde un punto de vista peculiar. Ahora bien, como veíamos al analizar la metodología propuesta por Wittgenstein, para comprender a este dramaturgo, y leerlo correctamente, hemos de ser capaces de comprender y sintonizar con su regla esencial, la ligereza. Algo que Wittgenstein confiesa que le cuesta especialmente.

### **Bibliografía:**

WITTGENSTEIN, L., *Vermischte Bemerkungen*, Oxford, Basil Blackwell, 1977.

WITTGENSTEIN, L., *Observaciones*, México, Siglo XXI editores, 1981. Traducción de Cecilia Frost.

WITTGENSTEIN, L., *Tractatus lógico-philosophicus*, Madrid, Alianza editorial, 1987. Traducción de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera.

WITTGENSTEIN, L., *Investigaciones filosóficas*, Barcelona, Instituto de investigaciones filosóficas (Universidad Nacional Autónoma de México) y Editorial Crítica, 1988. Traducción de Alfonso García Suárez y Ulises Moulines.

